



CENTRO ASTURIANO DE MADRID

Separata de la *Revista Asturias*

Nº 133. Madrid, 18 de noviembre de 2014

Edita e imprime: CENTRO ASTURIANO DE MADRID ©

ISSN 2254-7614 (versión impresa) ISSN 2255-1786 (versión electrónica)

D.L. M-5971-1986 (Separata)



Hacia un modelo económico alternativo
por D. Santiago Álvarez Cantalapiedra

DESARROLLO DEL ACTO

El Foro de Integración Social de este Centro Asturiano de Madrid programó su sesión trimestral de inicio del presente curso el martes día 18 de noviembre, a las 20 h.

Actuó como Ponente Invitado el economista D. Santiago Álvarez Cantalapiedra, director de la revista Papeles de la Fundación Hogar del Empleado, FUHEM, y Director del Área Ecosocial de la misma, sobre el tema: “Hacia un modelo económico alternativo”.

La gran trascendencia de esta materia en la actualidad, en que se plantea por muchos agentes políticos y sociales un proceso de cambio estructural que suponga una verdadera alternativa al sistema político y económico vigente, implica identificar el cambio económico con todos sus componentes y valorar la capacidad transformadora de nuestra sociedad en este aspecto decisivo.

La orientación profundamente social y progresista del interviniente, ofreció la posibilidad de un apasionante análisis y debate del que disfrutamos todas las personas interesadas presentes en el acto.

El valor crítico del Ponente y su conocimiento de la realidad socioeconómica nacional e internacional permitieron realizar un diagnóstico riguroso, aunque preocupante del acontecer mundial. Pero a la vez, abrió la esperanza de un cambio si el binomio economía/democracia alcanza un nivel de intercomunicación coherente y equilibrado.

El coloquio resultó muy participado y animado, quedando patente el elevado grado de satisfacción de los asistentes con la trascendencia de la materia y con la aportación del invitado.

**PALABRAS DE DON SANTIAGO ÁLVAREZ
CANTALAPIEDRA**

Director de FUHEM Ecosocial y de la revista PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global

El término economía procede del griego *oikonomia*, donde *oikos* se refiere a la casa que habitamos y *nomos* a las normas con que ésta se rige. En consecuencia, su significado remite a la administración de los enseres del espacio que nos alberga y la actividad económica abarcará todas las actividades que intervienen en el abastecimiento de los bienes y servicios que necesita una sociedad, esto es, el conjunto de procesos de producción, distribución, intercambio y consumo que, de acuerdo a unos principios de funcionamiento y unas bases determinadas, permiten el mantenimiento y la reproducción de la existencia social.

Ahora bien, el mantenimiento y reproducción de la existencia social de los seres humanos es mantenimiento y reproducción de una sociedad humana digna, de modo que tendrán que ver con las condiciones en que viven las personas y con la calidad de esa vida. Esto es algo que no podemos ignorar al hablar de economía, porque estamos ante la vida de personas que puede verse negada, limitada, mantenida o enriquecida por la práctica económica realmente existente. A partir de esta delimitación, resulta claro que la economía no se pueda desentender del bienestar de los seres humanos, y si el modelo económico hoy imperante lo niega o lo limita entonces habrá que pensar en cambiar y pasar a otra economía.

En relación con lo anterior, nos encontramos también con el término *oikonomos*, administrador o gerente, una palabra que nos devuelve el sentido fiduciario de confianza pública, muy alejado en su significado

de la abstracción del *homo economicus* que supuestamente describe el comportamiento de los agentes económicos en la actualidad y que caracteriza a un sujeto supuestamente racional que se mueve exclusivamente en función de su propio interés.

¿Es el capitalismo un sistema económico coherente con una definición de la economía en esos términos?

Como cualquier sistema económico, el capitalismo es también un conjunto de procesos de producción, distribución, intercambio y consumo, pero lo que es específico en él es que dichas actividades se articulan de acuerdo a una naturaleza y una lógica muy particulares, a saber: la de la acumulación incesante de capital orientada por la lógica del beneficio sobre las bases de la propiedad privada, el trabajo asalariado y el mercado. Aunque se haya interpretado la economía capitalista como si fuera “la economía”, en realidad –como es fácil de deducir de la caracterización anterior- no es más que un sistema de generación de beneficios, y sólo deviene en un sistema de aprovisionamiento por defecto. Su naturaleza es la acumulación incesante de capital, su objetivo son los beneficios privados y, como consecuencia, sólo satisface las necesidades humanas de manera indirecta, únicamente cuando éstas se presentan como demanda económica con suficiente respaldo monetario.

Aquí intuimos un primer problema importante del capitalismo: un sistema capaz de producir gran abundancia de mercancías sin que ello garantice la satisfacción de las necesidades humanas. Esto lejos de ser una excepción suele ser bastante usual en una sociedad como la nuestra, en la que nos encontramos con la paradoja de que convive, al mismo tiempo, la producción opulenta de fruslerías y bagatelas con necesidades no cubiertas y recursos humanos no empleados, es decir,

coexiste -con la más obscena naturalidad- el despilfarro junto a la pobreza y el desempleo.

La economía en los sistemas sociales y naturales

Por otro lado, hay que tener en cuenta que la economía es parte de la sociedad, y que las sociedades forman parte de los sistemas naturales. El capitalismo no existe en un vacío social ni está cerrado a los flujos físicos de materia y energía que cualquier sistema económico establece con la naturaleza. En consecuencia, la economía no es un sistema cerrado, carente de articulaciones complejas con los sistemas social y natural. Por el contrario, constituye un sistema abierto en el que las interrelaciones con esos otros sistemas no sólo se revelan inevitables sino también constitutivas de su propia realidad. No es posible una comprensión cabal de la economía sin referirnos a esa dimensión social y ambiental.

Es algo que pone de manifiesto tanto la economía feminista como la economía ecológica. La primera al resaltar que la mayor parte del trabajo real de provisión del sustento se realiza en el marco del hogar y de las comunidades y que las personas, ya sea como trabajadoras o como consumidoras, no aparecen por ensalmo en el ámbito mercantil (alguien las ha cuidado, las ha alimentado, las ha educado previamente). La segunda, cuando señala que los ecosistemas juegan un papel básico para la vida y para el propio funcionamiento económico: proveen recursos que se transforman en bienes y servicios en la actividad económica y absorben los residuos que esa actividad genera.

No cabe ocultar en ningún momento las dificultades y tensiones que emanan de las articulaciones complejas entre el sistema natural y el subsistema económico, así como las que surgen entre la esfera

reproductiva (familiar y comunitaria) y la producción socializada bajo relaciones capitalistas. De estas tensiones surgen los grandes problemas asociados al capitalismo. Cada día resulta más evidente constatar que su expansión, que en algunos aspectos ha proporcionado un alto nivel de prosperidad material a determinadas sociedades y grupos sociales, representa hoy una amenaza para los entornos –sociales y naturales- en los que se encuadra. Por un lado, porque degrada y destruye los ecosistemas provocando crisis ecológicas (locales y globales); por otro, porque desmiembra la esencia comunitaria disolviendo las iniciativas de ayuda mutua y los vínculos de solidaridad en las gélidas aguas del cálculo egoísta y esconde la relevancia para la vida de aquellos bienes y servicios que no son susceptibles de entrar en el cálculo monetario (los bienes comunes, los servicios de cuidados a las personas, los dones derivados de la amistad o la protección mutua asociada a la vecindad).

Para resolver estos problemas tenemos que desatar el nudo de contradicciones en el que nos sumerge este tipo de economía. En otras palabras, necesitamos lograr la sostenibilidad ecológica y fortalecer la dimensión comunitaria de la sociedad. ¿Cómo? A través del reconocimiento de todos los trabajos y servicios que contribuyen al cuidado de las personas y a su calidad de vida y, por otro lado, protegiendo a la naturaleza y a la sociedad de las tensiones mercantilizadoras.

Otra economía: otros objetivos, otra forma de funcionar

El logro de la sostenibilidad requiere adoptar de inmediato estrategias orientadas a provocar cambios estructurales en lo que se refiere al modelo energético y a la gestión de los recursos. La transición urgente desde una base energética alimentada de combustibles fósiles (que son recursos no renovables en acelerado proceso de agotamiento y

causantes de las emisiones de gases de efecto invernadero) hacia otra asentada en energías renovables limpias es un desafío ineludible. Como lo es la necesidad de cerrar los ciclos materiales de los procesos productivos, de manera que los residuos de una actividad se usen como recursos en otra. La utilización de los recursos que nos brinda la naturaleza con criterios sostenibles debe ir acompañada además de una gestión integral de los residuos, priorizando, por este orden, la prevención, la reducción y la reutilización y, como males últimos e inevitables, el reciclaje y la incineración.

El logro de objetivos de cohesión social y protección de la comunidad pasa por situar las necesidades humanas en el centro de las actividades económicas. Se ha dicho al inicio: lo que da sentido a la economía no es la eficiencia de los mercados ni los beneficios empresariales sino la capacidad para mejorar el bienestar social y las oportunidades de la gente. Vistas desde esta perspectiva, las estrategias redistributivas adquieren una relevancia inusitada frente a las que centran únicamente su atención en el crecimiento económico. Repartir la renta que garantice la existencia material de todas las personas y compartir el trabajo socialmente necesario (en todas sus modalidades: mercantil, doméstico y comunitario), se convierte en la piedra angular de otro tipo de economía en la que nadie -como decía Marx- tenga que pedir permiso para poder vivir y ninguna persona –como señala Rousseau en su *Contrato social*- sea tan pobre como para tener que venderse ni nadie tan rico como para poder comprar a otro ser humano.

Reparto de la riqueza y del trabajo socialmente necesario que se puede lograr de diversas maneras: bien a través de una renta básica (o ingreso ciudadano universal), bien haciendo que el Estado se convierta en empleador de última instancia (o de último recurso) para impedir que las necesidades sociales permanezcan sin cubrir cuando hay recursos

que se podrían emplear en ello. Diversas vías que se pueden combinar entre sí y con otras diferentes, y que muestran que existen alternativas al modelo de economía que hoy predomina. Seguramente ninguna de estas alternativas será perfecta, pero sí un buen punto de partida para reconducir la economía hacia el bienestar y la mejora de las oportunidades de la gente. Y como siempre hay que aprender algo, incluso de quien piensa uno que no puede encontrarse más alejado, una buena enseñanza que recordar bien podría ser aquello que decía Milton Friedman en el año 1962 (cuando el neoliberalismo ni siquiera existía como proyecto): «nuestra tarea fundamental: desarrollar alternativas a las políticas actuales, mantenerlas vivas y a nuestro alcance hasta que lo políticamente imposible sea políticamente inevitable»».